

## CUENTO DE HORROR PEDESTRE

Yazmín Pérez Torres

Universidad de Puerto Rico, Arecibo

La casa no está encantada ni se oculta en lo profundo de un bosque solitario. Lo destartalado se lo debe al tiempo y a la desidia. Llamaría la atención si no fuera porque casi todas las residencias de esa urbanización gigante que se vendía hace décadas como una promesa de progreso y bienestar, muestran las mismas condiciones.

Tampoco es de noche ni hay tormenta. No sopla una brisa fría. Son las tres de la tarde y el sol, en medio de un cielo despejado, calienta el cemento hasta convertir cada habitación en una hoguera.

Mucho menos hay una bruja malvada ni un psicópata asesino suelto, merodeando por el vecindario, asomándose a las ventanas para decidir a quién va a descuartizar con su cuchillo. No. El lugar está poblado por personas comunes. Algunos a esta hora trabajan en sus oficinas. Otros se quedan en las residencias para atender las tareas domésticas. Como ella, quien después de limpiar toda la mañana, se coge un descanso para tomar su cafecito de la tarde, negro y bien caliente. Luego friega los platos y cuando todo está en orden se dispone a echar una siesta. Enciende el abanico de su cuarto, se quita las chanclas, se recuesta en su cama y cierra los ojos con una media sonrisa, saboreando despreocupada --pobre inocente-- la parte más deliciosa de su día.

Falta también la música, esos violines de un chillido imposible que crisan los nervios o esos tambores que aceleran el pulso y disparan la adrenalina en todo el cuerpo con la expectativa de que algo muy malo va a ocurrir. Aquí el lector tendrá que conformarse con el ruido prosaico del carro al entrar en la marquesina. Al escucharlo, la mujer abre los ojos sorprendida. También percibe el traqueteo de las llaves en la cerradura y los pasos en el pasillo. A ella se le tensa el cuerpo. Se resigna a esperar el golpe inevitable:

-Nena, llegué. Sírvenme.

Se levanta, se alisa el pelo y camina hasta la cocina.